

son «inventadas», según indica Duras en unas notas precedentes, pero ambas están ambientadas en la misma época y conservan la fuerza de matices de las anteriores, interactuando y completándose. En una, el cielo se ilumina con bombardeos, se eclipsa por los fogonazos antiaéreos; en la otra, aún se oyen las sirenas y los francotiradores apuntan a matar. Ter vuelve a aparecer camuflado de forastero en «La ortiga rota», posiblemente ha escapado de la cárcel, interpreta la propia autora, y «se aleja de la ciudad para buscar un lugar donde morir». La protagonista de «Aurélia Paris» es una niña judía abandonada que aprende a leer con periódicos que comentan las operaciones del ejército del Reich y canta para no oír los ruidos de la guerra.

Todas las historias que aquí se cuentan tienen un denominador común: la impresionante y estremecedora recomposición psicológica de momentos y espacios cargados de estupor y hondura. Cada texto contiene un tramado de sensaciones que suturan tanto como las palabras que le dan cuerpo. En *Escribir*, Marguerite Duras reflexionando sobre el ejercicio de la escritura y su trascendencia, decía: «No sé qué es un libro. Nadie lo sabe. Pero cuando hay uno, lo sabemos». Quizá ésta sea la forma más sencilla y, a la vez, perfecta de definir *El dolor*. Indudablemente, un gran libro.

Reina Roffé

Degradar y exterminar*

¿Por qué los alemanes corrientes se convirtieron en asesinos?, ¿qué motivos, qué esquemas cognitivos y valores los lanzaron a una acción exterminadora antijudía? Éstas son las preguntas que guían el trabajo de Goldhagen. El objeto es dar una explicación histórica, no una evaluación moral, del Holocausto, a partir de las acciones de los «verdugos voluntarios». Es decir, comprender históricamente el impulso que sintieron los alemanes corrientes de matar judíos.

El libro consta de dos partes. La primera está dedicada a la formación, características y evolución de las representaciones antisemitas presentes en los alemanes y la segunda, a estudiar las acciones concretas de los alemanes corrientes una vez involucrados en el exterminio de judíos. La primera parte se centra en las creencias y la segunda en las acciones e institu-

* *Goldhagen, Daniel Jonah: Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto, Madrid, Taurus, 1997, 752 pp.*

ciones, pero no en su estructura y funcionamiento, sino que busca explicar cómo aquellas representaciones cristalizaron en actos personales definidos, cómo los hicieron posibles, de qué manera determinadas acciones e instituciones cobraron sentido para los alemanes corrientes.

Goldhagen afirma que hasta ahora las investigaciones sobre el Holocausto se habían centrado en el estudio del funcionamiento de las instituciones y estructuras a través de las cuales se pudo llevar a cabo la matanza. Pero lo que faltaba, y su trabajo vendría a cubrir este hueco, es preguntarse por qué esas instituciones pudieron funcionar tal como lo hicieron. Es decir, interrogarse por qué los alemanes corrientes que las integraban cumplieron las órdenes. Las instituciones no funcionan solas, afirma el autor, sino que debe haber creencias que permitan la ejecución de los mandatos. Cumplir órdenes, contra lo que se cree —afirma Goldhagen—, sí que representa un problema, un tema a investigar. Por lo tanto, los perpetradores son más importantes de lo que se piensa, al punto de que para el autor sin ellos no se explica el Holocausto.

Los fundamentos teóricos del trabajo de Goldhagen son: afirmación de la responsabilidad individual, existencia de un modelo cognitivo determinado sobre los judíos que permitió la acción eliminadora, y el antisemitismo.

Responsabilidad individual significa que en aquellas circunstancias cada individuo estaba en condiciones de elegir de qué modo tratar a los judíos. Hay un rechazo explícito de las explicaciones psicológicas y sociológicas del tipo «la gente siempre obedece a la autoridad» y de los motivos que suelen aducirse para justificarlas. Entre éstos, la obediencia por coerción externa del poder bajo amenaza de castigo, por indiferencia burocrática en el cumplimiento de las órdenes o porque la parcelación de funciones impedía ver el resultado final al que contribuía cada acto. Aunque algunas de estas razones resultan plausibles, afirma el autor, nunca llegan a dar cuenta de la conducta eliminadora, ya que minusvaloran a los actores (en este caso, a los alemanes corrientes), a los que concibe incapaces de evaluar moralmente sus actos y tomar decisiones al respecto. Goldhagen rechaza asimismo tanto las explicaciones en términos de culpa colectiva cuanto las de un esencialismo culturalista según el cual «los alemanes son así». Ambas suponen que una persona no es responsable de sus actos y que *sólo* se puede decir de ella que pertenece a una sociedad o a un colectivo, inmersión que explicaría sin más su conducta. Para Goldhagen, sólo los individuos pueden ser responsables y sólo de sus actos individuales. O, mejor, no hay más conducta que la individual, pues el

sujeto es al fin la última fuente de decisión y evaluación éticas. Las estructuras no causan la acción, sino que esas estructuras son interpretadas por los actores, los cuales responderán a lo que se les está pidiendo siempre que compartan visiones y valores. La acción sólo se produce cuando entran en conjunción valores e incentivo, visiones propias y órdenes externas.

Esto lleva al segundo punto de partida de Goldhagen, la cuestión del modelo cognitivo. Se denomina así el proceso a través del cual los individuos aprenden a pensar sobre sí mismos y el entorno, a interpretar y dar sentido. En este proceso participan la percepción, el razonamiento y la memoria. Goldhagen intenta desentrañar el modelo cognitivo subyacente en el pensamiento de los alemanes, de todos los alemanes de entonces. Tal modelo proporcionaba una imagen del mundo y de lo social y, en particular, de los judíos. Esa representación funciona como motor de la acción. ¿Cómo se forma esa representación? A través de la conversación social, cuyos portadores son las instituciones, especialmente la familia. Allí se imparten y legitiman las representaciones. Sin el apoyo legitimador de las instituciones, es muy difícil que un individuo sostenga un sistema de creencia, afirma Goldhagen. Y es por ello muy difícil que un sujeto escape a esos modelos que imperan en su

sociedad, pues están incorporados a la estructura de su mente con la misma naturalidad que la gramática de su lengua. Pueden ser reconfigurados por el individuo, pero se trata de una tarea poco probable. Precisamente porque un modelo cognitivo es el presupuesto de la acción es que no se explicita, afirma el autor. Por ello no es correcto buscar «pruebas» del antisemitismo en declaraciones explícitas de los perpetradores. La «ausencia» de pruebas no es indicio de la inexistencia de antisemitismo, sino de la permanencia, de la inercia del antisemitismo como axioma. Más bien es al contrario: para probar la ruptura con el antisemitismo habría que mostrar la explicitación de esa disidencia. Para estudiar el modelo cognitivo de los alemanes de la época, afirma Goldhagen, es necesario acercarse a ellos como lo haría un antropólogo a un pueblo primitivo y desconocido. Es decir, abandonando la idea preconcebida de que los alemanes eran similares a las nociones ideales que tenemos de nosotros mismos.

En cuanto al antisemitismo, Goldhagen lo define como un corolario del cristianismo. Desde el dominio cristiano en el Imperio Romano, sus dirigentes predicaban contra los judíos bajo la necesidad de diferenciarse de la religión de la cual la suya se había separado. Si los judíos, pueblo de Dios, rechazaban al Mesías, algo estaba mal: o el Mesías era

falso o el pueblo elegido se había extraviado, tentado por el mismo Diablo, afirmaba el cristianismo. Los judíos, a los ojos del cristianismo, eran los asesinos de Cristo, y dado que en la época moderna seguían rechazándolo como Mesías, se convirtieron en sus asesinos permanentes y simbólicos. Para los cristianos su religión superaba a la judía, por lo cual los judíos *debían desaparecer* de la Tierra a través de la conversión. Esta relación con los judíos se mantendrá hasta bien entrada la modernidad. Los cambios teológicos y prácticos en el cristianismo no afectaron —afirma Goldhagen— esta visión central de los judíos. Ésta aportó el centro del modelo cognitivo alemán acerca de los judíos. El antisemitismo premoderno es religioso y en la época moderna se va a metamorfosear en una versión racial: mientras el primero consideraba a los judíos encarnación del mal pero redimibles, convertibles, el segundo ya no, pues el problema se hallaba en lo que los judíos *eran*, no en lo que *hacían* o habían hecho. Seguían siendo el mal, pero ahora eran irredimibles, por lo tanto había que acabar con ellos. Al volverse racial, el «problema» judío cambió y, con él, la solución propuesta: los judíos ya no eran un agente del demonio sino el propio demonio. De este modo quedaba eliminada la visión cristiana según la cual todas las almas podrían salvarse por medio

del bautismo. La mentalidad eliminadora devino exterminadora: la idea de la exterminación era ya firme y recurrente a fines del XIX. El antisemitismo, que irrumpe con fuerza mayor a partir de 1870, con ocasión de la campaña de los derechos civiles para los judíos, está presente —afirma Goldhagen— en todas las capas sociales, incluida la clase trabajadora urbana y campesina, que se movió con el mismo modelo cognitivo. La excepción parcial sería el Partido Socialdemócrata Alemán.

Según el antisemitismo, los judíos eran malévolos, poderosos y estaban organizados, actuaban en conjunto y su capacidad de dañar era alta dada su presencia económica. Era ésta una visión orgánica: los judíos como poderosos parásitos ahogando la vida de un organismo (Alemania) todavía vivo y con posibilidades. Este organicismo impedía ver a los judíos como individuos, aisladamente, y fomentaba la expulsión en términos colectivos. En el contexto del viraje racial de la percepción del judío, se consideraba a una persona judía independientemente de su religión, su identidad, o su renuncia a todo lo judío: es decir, judío se *era*, se nacía, no se *hacía* ni se elegía, como cualquier religión o identidad.

De la exclusión de la vida pública (antes de la emancipación civil) se pasó a la expulsión, y de la visión de los judíos como grupo religioso,